



ARCHIVO
Y BIBLIOTECA
NACIONALES DE BOLIVIA

HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL ORIENTE BOLIVIANO

Enrique Finot

OBRA CUSTODIADA POR EL
ARCHIVO Y BIBLIOTECA NACIONALES DE BOLIVIA

Historia

9(84)°/5

3c-1200

**HISTORIA DE LA CONQUISTA
DEL ORIENTE BOLIVIANO**



Nº 451 ✱

Queda hecho el depósito de Ley.

Copyright 1939 by
Enrique Finot.

ENRIQUE FINOT

De las Academias Nacionales de la Historia
de La Paz, de Caracas y de Buenos Aires.

Historia de la Conquista del Oriente Boliviano

•

(PROLOGO DE ROBERTO LEVILLIER)



CASA EDITORA: LIBRERÍA "CERVANTES"
JULIO SUÁREZ
LAVALLE 558 - - BUENOS AIRES
1939



PROLOGO

La HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL ORIENTE BOLIVIANO del brillante hombre de Estado que acaba de rubricar, en nombre de Bolivia, el acuerdo de la Paz del Chaco y el Tratado definitivo de límites entre nuestros países, ha de añadirse a modo de vínculo cordial a los muchos muy gratos que deja su fecunda acción diplomática e intelectual en Buenos Aires. Y porque la amistad de Enrique Finot ha querido asociarme a ese recuerdo, de gran significación científica, con la señalada distinción del prólogo, no me siento capaz de sustraerme a lo que es también, en el caso, un deber de gratitud.

Antes que sobre los hechos y personajes, versarán mis comentarios sobre los caracteres propios de la obra de penetración militar, social y religiosa de los castellanos en el oriente boliviano, destacando a la vez el método del autor. Tales temas imponen una concisión que encuadra cumplidamente con el modesto exordio de una historia tan sugestiva y atrayente.

*

* *

Existe entre "conquistas" y "conquistas" una diferencia de contenido, tan sensible, que llegan a veces a parecer actos humanos enteramente distintos. Conquista se llama el rapto de las Sabinas, y conquista la del amador que después de años de méritos y servicios gana a la mujer ambicionada. Conquista es la expedición venturosísima, pero flaca en consecuencias, que llevó a los estandartes de Alejandro por Asia Menor, Siria, Egipto, Mesopotamia, Persia e India en trece

años de resonantes victorias. Conquista es la penetración de siglos de los romanos en la Europa Occidental y en el Norte de Africa, con tales dones a las naciones poseídas, que hasta hoy conservan la marca de su verbo, sus leyes, su espíritu y su cultura. Conquista es la arremetida salvaje de los godos, vándalos y suevos, violenta en su carácter destructivo, e irresistible, como los golpes de mar. Conquista es la irrupción de sarrazenos en Egipto y Jerusalén, y los altibajos de la Media Luna en los siglos transcurridos entre la posesión de Hispania y la derrota de Lepanto. Conquistas son las piraterías normandas, que comenzando por saqueo en las costas de España e Italia, arraiganse en Francia y Gran Bretaña. Conquista es la que realiza Portugal, sagazmente, en busca de las especias, sembrando, en forma que habían de seguir más tarde Holanda y Francia, pequeños depósitos de mercaderías, y mercaderes armados, en las costas de Africa, de las islas del Océano Indico y de la India. Conquista, por fin, es el trasplante sin precedente, supremo en sus frutos, de una cultura en su apogeo, a un continente semi-bárbaro de cuya descendencia pura y mestiza habían de desprenderse siglos después, veinte repúblicas civilizadas, unidades irreductiblemente a España, fuera del verbo y la fe, por la sangre, la obra heredada, los muertos comunes y la ESPIRITUALIDAD: fuente de fuentes de las modalidades colectivas, de las modalidades íntimas y de las que existen en potencia en la personalidad, como elementos coordinadores de normas, actos y reacciones.

Todo es conquista, y sin embargo cuánta diferenciación al menor análisis. De mis años de consagración al estudio de la obra de España en América, llevo la convicción que ni del punto de vista del derecho que asistiera a las demás conquistas, ni en la naturaleza de los propósitos perseguidos, ni en los procedimientos usados, ni en las condiciones en que se efectuaron, ni en su magnitud en el tiempo y en el espacio, ni en los

postreros resultados de ellas para la humanidad, ni en las esperanzas que ofrecen para el porvenir, puede concederse superioridad alguna a las demás sobre las que alcanzara España en América, pues éstas fueron a la vez obras creadoras y cruzadas religiosas sublimes en su amor y desinterés.

Salvo España y Portugal, que pudieron exhibir Bulas papales en defensa de sus derechos de conquista, carecieron las demás potencias de títulos para invocar legitimidad jurídica o justificación religiosa y moral en favor de sus empresas. La fuerza era su respaldo, la codicia su estímulo y sólo buscaban, al margen de toda acción social o proselitista, extender su imperio a costa de otras naciones, aprovechar las riquezas naturales de ellas, usurpar sus posiciones geográficas ventajosas y finalmente, anexaslas. Los conquistadores de América, no obstante ser como los demás, de intención imperialista, política y económica, traían en el pabellón del PLUS ULTRA dos fuerzas espirituales insuperadas: la cultura latina y el Evangelio.

A riesgo de repetir lo ya dicho por mí en libros y conferencias, diré que la obra civilizadora de España en América fué obra de Estado, representada por el conjunto de esfuerzos inauditos de reyes, virreyes y gobernadores, prelados, oidores y misioneros por organizar la sociedad, establecer la justicia y catequizar al indio; educar al mestizo, atraerlo, y obligar al blanco a respetar sus derechos, pero con la colaboración del anónimo y del popular, pues ninguno de estos bellísimos propósitos hubiera sido factible, mientras el capitán caudillo, con soldados equipados a su costa — y cuyos nombres se han perdido en gran parte — no hubiese atravesado heroicamente, con esos futuros pobladores, espacios infinitos, desconocidos y hostiles, para fundar en ellos pueblos, como puentes para la extensión meditada de la civilización.

Antes de 1600 existían en América, en dos Virreinos, cada uno de los cuales era mayor que Europa, nueve Audiencias, cientos de colegios y hospitales para blancos, indios y mestizos, impresores laboriosos, cuatro Universidades: en Lima, México, Santo Domingo y Panamá; doscientas ciudades, millares de pueblos nuevos, puertos en todas las embocaduras de los grandes ríos; un reino completo, una nueva España con leyes, instituciones y finalidades SUI-GENERIS, más ajustadas ya por adaptación a los criollos y a los mestizos, que a los propios castellanos. Tal era el balance de la noble obra social cumplida por la Metrópoli y sus hijos en América, en algo más de un siglo. Y en su desenvolvimiento racional y práctico, iban dilatándose las fuentes de materias primas, abriéndose directamente, o por vías de contrabando y proveedurías secretas, nuevos mercados a las viejas industrias humanas. En suma, la conquista de América y la obra civilizadora de España integraban al mundo conocido y transformaban, por su trascendencia, una obra al parecer exclusiva y egoísta en una portentosa obra de interés universal, del mismo modo que al trazar el mapa del Continente americano perfeccionaban y completaban el de la tierra.

En cuanto a la propagación de la fe entre los naturales, se cumplió en todas sus partes la imposición papal y la obligación regia. Lo atestiguan hoy, aún, la presencia de las iglesias, monasterios y capillas profusamente esparcidas en la magna extensión del continente, sin exceptuar los más inaccesibles lugares. La obra de persuasión heroicamente realizada por doctrineros y padres de las Ordenes entre las tribus salvajes, y luego las misiones arraigadas entre ellas, sustituyeron a las idolatrías, los sacrificios humanos, la sodomía, el canibalismo y la barbarie de las costumbres: los principios de vida cristiana y un modo de existencia racional que elevaba a los indios en la escala humana,

iluminándolos primero, redimiéndolos después. En suma, y no obstante todas las vicisitudes propias de sociedades nuevas, situadas en grandes espacios, muy alejados unos de otros, fué el indio amparado por una legislación generosa contra la explotación de encomenderos, caciques y corregidores, y aun cuando no dejaron de producirse abusos, fué mejor tratado por las leyes, las autoridades encargadas de aplicarlas y los Padres, que los obreros, los campesinos, los siervos, y sobre todo, los disidentes religiosos en Inglaterra, Francia y Alemania, en la misma época...

*

* *

El estudio sereno y minucioso de la conquista, de los conquistadores, de la organización jurídica, política, religiosa y social de América, en cada una de las regiones geográficas que fueron provincias de un conjunto, y hoy son repúblicas, ha señalado diferencias entre conquistas y conquistas, y revelado las características propias de unas y otras, según la época histórica en que iban desarrollándose. No quisiera volver a lo ya escrito sobre ese tema, sino sólo recordar las divisiones esenciales que constituyen normas útiles para la apreciación de los hechos. Las etapas que en otra oportunidad propuse son tres:

Iº, el descubrimiento de las islas, de las costas y de los ríos, que comienza con Colón en 1492 y termina con la circunnavegación de Elcano en 1520. En ese período, los españoles sólo efectúan desembarcos transitorios sin intención de fundar, y sin otra finalidad que la de inquirir las posibilidades de riqueza de la región y conocer los secretos de la tierra, y en medio de esas exploraciones sin fiscalización superior, cometen los saqueos y los actos de crueldad conocidos, que dieron pie más tarde a la leyenda negra.

IIº, las penetraciones territoriales con el propó-

sito de apreciar la extensión de las regiones, y donde conviniera a la vida del blanco, erigir ciudades, poblar, asentar autoridades, descubrir minas, trabajarlas, repartir encomiendas y solares, sembrar y levantar casas, organizar la defensa, y a la vez establecer, por medio de las Doctrinas, el contacto con el indígena. Los jefes son responsables de sus actos ante el Rey y el Consejo de Indias, cuando no ante una Audiencia. Es cuando remata Cortés sus conquistas en México, y llevan a cabo las suyas Pizarro, Almagro, Jiménez de Quesada, Mendoza, Peranzúñez, Irala, Valdivia, Diego de Rojas, etc., precursores de gobernaciones, y no jefes de jornadas calculadamente efímeras como las de Nicuesa, Enciso, Juan de la Cosa, Ojeda, etc., en el período anterior. Y esto nos lleva hasta mediados del siglo XVI.

IIIº, la irradiación de la conquista desde las capitales hasta tierras próximas o lejanas, o de fama legendaria, o enteramente desconocidas, con el propósito de proteger aquéllas, alargar la corriente civilizadora, crear avanzadas estratégicas o rematar con un puerto una línea de centros mediterráneos. Esas conquistas, moderadas en sus aspiraciones y cálculos, son complementarias de las primeras y resultan también las más penosas por ser su misión asegurar con su estoica resistencia las comunicaciones, el tránsito, el comercio, el progreso y la estabilidad de ellas.

*

* *

La conquista del oriente boliviano pertenece a esta tercera etapa, desde que los intentos de descubrimiento de las grandes provincias de Chiquitos y de Mochos comienzan con Cabeza de Vaca y Pedro de Candia, después de fundadas Cuzco, La Plata y La Asunción, con el afán de recorrer esas tierras colindantes, apre-

ciar su feracidad, descubrir riqueza minera, conocer las tribus indígenas, todo al efecto de extender la propia jurisdicción y crear nuevos pueblos en sitios adecuados. Y Mojos, Paititi, El Dorado, Chiquitos, Sierra de la Plata, fueron nombres que desde el comienzo de la gran aventura peruana y rioplatense fascinaron como una sugestión de leyenda a los aventureros en busca de tesoros deslumbrantes! Ilusiones fecundas, ya que fueron pronto substituídas por otras más modestas, con las cuales, espíritus más acomodaticios y pacientes, hicieron obra. Así promovió la fabulosa e inexistente riqueza de la tierra de los Césares, la entrada de Diego de Rojas, a la que debió el Tucumán su descubrimiento, y no a otra causa que la suposición de un El Dorado prodigioso, debe Bogotá la convergencia de tres expediciones codiciosas que le dieron vida.

La posición geográfica en los llanos de Chiquitos y Mojos favoreció la multiplicidad de las conquistas. Hállanse comprendidos estre los meridianos 57 a 64 y los paralelos 13 a 23, y forman (calculando el grado geográfico a razón de 17 y $\frac{1}{2}$ leguas, y la legua a razón de 6.5 kilómetros), un polígono de una superficie aproximada de un millón de Km²., extensión probablemente mayor, ya que el cálculo ideal del compás no responde nunca a la realidad física. Hombres de la Asunción buscaban esas tierras por rumbo norte-noroeste; otros salían de Santa Cruz o Cochabamba con rumbo noreste; otros exploraban hacia el este desde Camata, y los portugueses de Matto Grosso aventuraban huestes por el rumbo oeste-suroeste. El fracaso de las expediciones de Irala, Chaves, Peranzures, Gastos, Alemán, Luján, Alvarez Maldonado, la prodigiosa mala suerte que las acompañaba, debida principalmente a la acción antagónica de los elementos de la naturaleza, unida a la de los indios, solía agravarse con querellas entre los mismos conquistadores, todo lo cual producía conflictos de juego doble y simultáneo, exactamente

iguales entre los hombres de Chaves y Manso en el Chaco, como lo habían sido los que hicieron chocar a Pizarro y Almagro en el Perú, Mendoza y Heredia en la jornada a Tucumán, Aguirre y Villagra en Chile, y en tiempos iniciales a Balboa y Dávila en Tierra Firme y Cortés y Velázquez en México. Y el indio en acecho, aprovechaba las disensiones para hostigar aisladamente a ambas partes, o servir a una contra otra, para revolverse luego contra el vencedor.

El Virrey Toledo detuvo de 1569 a 1582, durante su gobierno, esos afanes de conquista en tierras extrañas a la órbita de jurisdicciones asignadas, y aun cuando siguieran después, ordenó "que del todo cesase el descubrir la tierra más allá, y que estos descubrimientos se fuesen dando por medida de palmos, a sabiendas y a entendidos, continuándose desde las mismas provincias pacíficas y a ojo de los gobernadores de ellas". Como lo dijimos ya, al tratar de su participación en la obra conquistadora del Tucumán, el Virrey Toledo resolvió fortalecer lo existente, fundar en el intermedio, organizarlo, circunscribir, hasta que se dilatase la población: tales eran sus principios. Los indios no sometidos, se habían envalentonado en todo el territorio, y hacían frente a la caballería y a la arcabucería. En los últimos años había perdido el español la ventaja del pánico que antes inspirara, y preveía Toledo que algún día pudiese unirse al indígena el mestizo. Por esa causa estimaba peligroso multiplicar los quebrantos con aventuras demasiado distantes, pues éstas debilitaban las ciudades viejas quitándoles elementos. Prefería se fundase entre provincia y provincia, y a orillas de los caminos reales, para que las ciudades se prestasen mutua ayuda, y los indios fuesen sujetados por una red invencible de fuertes, situados a corto trecho unos de otros. Fuera de las que mandó asentar en la costa y en el centro del Perú, así como en Charcas, ordenó a Juan Pérez de Zurita que para contener a los

chiriguanaes trasladara a los llanos de Grigotá, la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Encomendóle así mismo estableciera un punto de apoyo en Condorillo, y volviendo a las ideas de Nuflo de Chaves y Ortiz de Vergara, encargó se estudiara la posibilidad de erigir un puerto en el Pilcomayo, averiguando por qué camino se podría cruzar la tierra hasta el Paraguay y el Mar del Norte. Hizo luego poblar en Tomina y en Tarija, quedando así Charcas debidamente protegida.

La línea estratégica por él proyectada comenzaba en Santa Cruz de la Sierra la Nueva, se extendía por los valles hasta Condorillo y Oropesa, bajaba en Tomina, continuaba hasta Tarija, alcanzaba a Jujuy y Salta, y proseguía en su defensa hasta Londres, para terminar en Chile.

*

* *

El Señor Finot presenta en este libro admirablemente documentado y bellamente escrito, toda la historia de esa región. Dibuja de mano maestra las figuras de los conquistadores y pobladores principales, particularmente la de Nuflo de Chaves antes apenas delineada, y la de Suárez de Figueroa, más conocida. Evoca las primeras luchas de jurisdicción territorial entre los hombres del Paraguay y de Charcas, y la guerra de siglos contra el indómito hijo del suelo que no cedía sus derechos, ni transigía en convivir con el agresor.

En los principios de la conquista, fué el mito del oro un aliciente, mas dejó de serlo con el tiempo, como ocurrió en el Paraguay, en Tucumán, en el Río de la Plata. Y a pesar de la inexistencia del metal y a pesar de las dificultades creadas por la acometividad del indio, persistieron los castellanos en su propósito de sobrevivir en lo ganado, erigiendo al efecto pueblos en lugares adecuados, que sostuvieron a costa de colosales sacrificios con el solo estímulo del pundonor nacional y

la defensa de la familia. Ejemplos de esa actitud estoica ofrece el Doctor Finot en las ideologías que dieron lugar a sucesivas fundaciones y restauraciones de ciudades, en las vías de comunicación entre Charcas, el Paraguay, el Río de la Plata, Chiquitos y Mojos, demostrando a la vez cómo, por quiénes, dónde, por qué y por orden de qué autoridades, quedaron fundadas Nueva Asunción, La Barranca del Guapay, Santa Cruz de la Sierra, Santo Domingo de la Nueva Rioja, San Lorenzo de la Frontera, Santiago del Puerto, la segunda Santa Cruz de la Sierra y San Francisco de Alfaro.

Apréciase de inmediato en la lectura de esas evocaciones apasionadas, la prolijidad y la paciencia con que escudriña el Doctor Finot los menores aspectos del tema, su discernimiento en la valoración de los antecedentes admitidos y la sagacidad de los juicios que formula como hombre de Estado sobre los personajes, los hechos y las ideas.



Patética y grandiosa en su sostenido heroísmo es la historia que relata de esos baluartes lejanos de la civilización, mantenidos a través de siglos para proteger a Charcas contra la barbarie, y desde allí avanzar hacia Mojos y Chiquitos. Barbarie no es un mote, es un estado. Los chiriguano y canichana, y otras familias igualmente antropófagas y belicosas, no perseguían con sus flechas mortalmente emponzoñadas a las huestes de Iralá, de Chaves, de Manso, de Pérez de Zurita, de Suárez de Figueroa — las cinco figuras más ilustres de esta larga contienda — porque ocupasen algunas leguas de suelo. Tierras de pan llevar existían en suficiente largueza para millones de seres, y los blancos eran apenas algunos cientos: execrábanles por querer coexistir en la tierra de ellos.

El indio representa en la tragedia que es toda

transfiguración territorial, el elemento conservador estático, enemigo a muerte del creador dinámico empeñado en revolver el orden sagrado de la tradición y de la rutina del clan. Análogo sentir habían evidenciado en el siglo anterior a la conquista española, los chiriguanaes, al atacar desde sus cordilleras, a las tropas del Inca enviadas con finalidades de persuasión y dominio. Su protesta contra el invasor, sobre todo contra el introductor de dioses, usos y gustos diferentes de los suyos, y por tanto, enemigo en todo lo íntimo, era una defensa de lo secular y una vehemente rebeldía contra la imposición de cambios radicales en el ritmo de su diaria existencia. Pusieron odio e incluyeron guerra en su réplica a los Incas, reyes de súbditos indios, siguiera similares a ellos. ¿Cuál no sería la estridencia de su rencor contra los blancos que fueron desde el primer contacto una revelación extraordinaria y temible? Interpretaron su presencia como una afrenta, y sus propósitos como evidente ansia de predominio, comprendiendo que si a las buenas concertaban paz, resurgiría de inmediato el conflicto entre su propia, irreductible necesidad de independencia, y las exigencias de los castellanos en las agrupaciones en que ellos serían vasallos o siervos. Los chiriguanaes, preferían morir a entregarse, y no sólo aceptaron las guerras que fueron hacia ellos, triunfando a la larga en mérito a su conocimiento de las sendas serranas y a su astucia y valor, sino que no perdían oportunidad de tender emboscadas a los expedicionarios y atacar a los pueblos en toda coyuntura favorable para destruirlos, junto con todos sus habitantes, como lo lograron con Santo Domingo de la Nueva Rioja y la Barranca.

Ese aspecto de la lucha del ocupante del suelo contra el usurpador — que en el siglo XVI llamaban los teólogos y cronistas: TIRANO — ofrece un carácter fatídico que señalamos ya en la resistencia que opuso al conquistador de Tucumán, el Calchaquí. Lo corrobora

el Doctor Finot elocuentemente, destacando en las páginas numerosas y sentidas consagradas a los bravos naturales, la lógica de esa contienda, sin caer en el ditirambo del conquistador, ni en la injusta depreciación del que defendía de instinto, antes que la tierra, para él sin valor, su libertad de movimientos y la práctica de sus íntimas tendencias seculares. Los chiriguanaes, los chanes, los chiquitos, los guarayos, los mbayas, los mojos, reñían entre sí con afanes de predominio sobre aguas y pastos, se esclavizaban, se entremataban y algunos se entrecomían, antes de llegar los castellanos a Indias. Si los conquistadores hubiesen desertado la región, por penosa e improductiva, habrían seguido los indios entrematándose después, hasta eliminarse, porque sí, porque así eran desde siglos y no cabía esperar de ellos un mejoramiento espontáneo en el porvenir. Pero jamás cedieron en sus empeños los civilizadores cristianos, ni abandonaron la partida, y quedaron en pie los fortines de avanzada en medio del clima ardiente, defendiendo con su presencia las ciudades que progresaban a retaguardia, mientras ellos vegetaban en el aislamiento, la pobreza y los peligros de guazavarras indígenas. Tiene Santa Cruz de la Sierra particular derecho a la gratitud del occidente boliviano, al punto que merecería ostentar en su escudo el mismo símbolo de la abnegación de Sevilla, y su ingeniosa divisa: No-madeja-do...

*

*

*

Además, donde flaquearon los avances de la obra social castellana, redoblaban sus esfuerzos los conquistadores espirituales. Muy bien lo patentiza el Doctor Finot en estudios abundantemente documentados con piezas de profundo interés. En Chiquitos y Mojos fueron las Ordenes religiosas más felices que los pobladores y soldados, en el arte de atraer al indio, o acaso hayan sido más arriesgados y tenaces, pues se extendie-

ron las misiones, como las tentativas de conquista, en un espacio de siglos, reiterándose sin interrupción, no obstante las víctimas que dejaban a sus espaldas. Y reconoce el autor que "el oriente de Bolivia habría quedado sin descubrir y conquistar por mucho tiempo si la empresa hubiera estado exclusivamente librada a la iniciativa de los capitanes y a la desigual ayuda de los virreyes y gobernadores..."

En Chiquitos, estableciéronse las Ordenes desde fines del siglo XVII, y hacia mediados del XVIII contaban los jesuítas con once reducciones y doce mil almas que fueron en aumento, hasta la fecha de su expulsión, en que todo lo hecho se perdió. En los Mojos, a principios del siglo XVIII, existían dieciocho misiones, los pueblos alcanzaban a veintiuno y los bautizados a más de treinta y cinco mil. Como lo reconoce el Doctor Finot, "reservado estaba a los misioneros jesuítas realizar la hazaña de fijar sus reales en tierras tan pobres e inhospitalarias para establecer colonias con los propios habitantes del suelo, inculcándoles nuevas creencias, a la vez que iniciándoles en nuevos hábitos de trabajo". Entre los chiriguanaes se asentaron sucesivamente padres dominicos, franciscanos, agustinos y jesuítas; pero con éxito temporario, pues acababan siempre esos contactos, con desastrosas matanzas y destrucción de los pueblos establecidos. Esa lucha duró desde San Francisco Solano, que no pudo con ellos, hasta principios del siglo XIX y vísperas de la independencia. Y desde la República han seguido las Ordenes, en ambas orillas del Pilcomayo, catequizando a los naturales; la conquista espiritual no tiene fin.

Así pues, lo que no obtenían por la fuerza o la persuasión capitanes, Audiencias o Cabildos, lo conseguían intermitentemente los misioneros, con el ejemplo admirable de un sacrificio en que por obediencia y convicción, exponían su vida para salvar las almas de los naturales. En la primera mitad del siglo XVI, cometían

los españoles hartos abusos, sonsacando de las reducciones, los indios, para utilizarlos a modo de jornaleros. Enterados los Reyes, dictaron cédulas durísimas prohibiendo que salieran de dichas reducciones para servir de yanaconas en las ciudades, en las minas o en las encomiendas, y acaso haya sido esa ley inspirada en el deseo de fomentar la evangelización, la que aplicada por las autoridades de América, con gran rigor, contribuyera más que toda otra, a que la obra de los misioneros redundase en exclusivo provecho espiritual del natural.

*
* *
*

No puedo menos de observar con íntima satisfacción el método seguido por el Doctor Finot en la construcción de su obra. Sugerí años ha, un principio de unidad continental para la historia de América, y particularmente de los países que formaron parte del Virreinato del Perú, sin el cual no habría pasado en mi evocación del siglo XVI, más allá del punto alcanzado por mis antecesores, en 1913. Así lo enunciaba: la conquista de América fué una; gobernaciones siglos más tarde convertidas en sociedades independientes fueron regidas desde comarcas cuya historia determinó parte de la suya; la parcelación jurisdiccional impuesta por la inmensidad del territorio había provocado la parcelación de esa historia, quebrando en mil pedazos su coherencia; conviene pues, para reconstituirla, borrar las fronteras de los pueblos que actualmente la fragmentan. Basta lo expresado para advertir que el nuevo principio vinculaba los episodios a sus orígenes y modificaba la perspectiva de la conquista, induciendo a considerarla, no con la exclusiva visual de una de las partes, sino desde los lugares y tiempos en que las ideas de las autoridades y de los pensadores actuaban como estaciones transmisoras sobre las realizaciones de los caudillos que las cumplían a lo lejos.

Favorece el Doctor Finot a sus lectores, y particularmente a sus colegas, con la historia de una región, profusamente iluminada desde campos de acción en apariencia extraños al que le ocupa, pero en el hecho muy afines. Y gracias a ese método, descubre la ilación de los sucesos desde el punto de partida hasta la solución definitiva. Marca asimismo en su descripción panorámica, la responsabilidad de los gobernantes lejanos, la gravitación de los personajes inmediatos en el curso de los acontecimientos, la modalidad de cada conducta y los errores o aciertos de ideas y actos. No es, pues, tan sólo la HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL ORIENTE BOLIVIANO la que nos obsequia el ilustre autor de "LA CUESTIÓN DEL CHACO"; es también, en períodos pertinentes, las conquistas correlativas del Paraguay y del Río de la Plata, del Perú y del Tucumán, reconstituídas cronológicamente, en torno al tema céntrico, que así destaca su propia estatura, en la relativa posición histórica que le corresponde dentro del conjunto virreinal.

ROBERTO LEVILLIER.

INTRODUCCION

Este libro está escrito con devoción y con cariño, porque se refiere a la tierra natal de su autor y porque se ocupa de una materia casi ignorada, tratada hasta ahora sólo fragmentariamente o en son de polémica, por escritores de Bolivia y del extranjero. Los historiadores bolivianos, fuerza es confesarlo, apenas han parado mientes en los orígenes del patrimonio territorial de la nación, si no lo han hecho urgidos por la necesidad de afrontar la defensa de derechos contestados por los países vecinos. Respecto a la región oriental la omisión ha sido todavía mayor, sin considerar que esa región abarca las dos terceras partes del suelo con que la patria nació a la vida independiente. Aquellas tierras estaban demasiado lejanas de los grandes centros poblados del país, de las actividades económicas inmediatas y de las necesidades premiosas. Qué mucho que ellas hubieran sido cercenadas más de una vez, si faltaba el conocimiento exacto de su historia, es decir, de los sacrificios que habían costado a las generaciones pasadas. Sólo con tal conocimiento habría sido posible la defensa, con pleno dominio de causa, de los derechos en que se fundaba la posesión legítima de siglos.

Con excepción de la labor de investigación realizada en los últimos tiempos y de algo que se hizo hace unos treinta años, con motivo del litigio de fronteras entre Bolivia y el Perú, por lo general se ha escudriñado muy poco el período de la conquista y de la colonización del territorio boliviano. En lo relativo al oriente, la indiferencia ha ido hasta el extremo de que, la propia documentación de los archivos españoles, que arroja más luz sobre la materia, ha sido descubierta y publicada en gran parte por investigadores encargados de sostener la tesis contraria a Bolivia, como en el caso del juicio de límites que terminó o que debió terminar en 1909, con el fallo arbitral del Presidente de la República Argentina; juicio

que dió lugar a la presentación de una copiosa prueba peruana, encomendada a la indiscutible pericia del malogrado jurista Dr. Víctor M. Maúrtua.

Los historiadores bolivianos, además, casi siempre pasaron de largo sobre la conquista y sólo se detuvieron superficialmente en lo que se ha dado en llamar incorrectamente el COLONIAJE, sin más propósito aparente que el de reeditar la calumniosa "leyenda negra". Ha habido autor, y no de los menos conocidos (Manuel José Cortés, en su ENSAYO SOBRE LA HISTORIA DE BOLIVIA, publicado en 1861) que bajo el pretexto de que "la esclavitud no tiene historia" y de que "la historia de Hispano-América durante la dominación de los conquistadores no es sino la historia de España", ha sostenido que la historia americana "comienza con la guerra de la independencia" y se ha limitado a hablar del Alto Perú como de una entidad surgida, a partir de 1809, casi por arte de encantamiento. Recurso fácil para disimular la ignorancia o la pereza y para escribir historia de cincuenta años atrás, que no requiere más fuente de investigación que la lectura atropellada de panfletos y gacetas. Por desgracia esa casta de "historiadores" se ha perpetuado en Bolivia, hasta nuestros días, con muy contadas y honrosas excepciones.

Aunque sea duro confesarlo, sólo dos o tres autores acometieron la tarea de escudriñar la conquista y colonización del oriente boliviano, aunque en parte y generalmente con escaso bagaje de información. Algunas publicaciones extranjeras, como la Colección de Angelis; como los Anales de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, bajo la inolvidable dirección de Groussac; como las Relaciones Geográficas de Indias de Jiménez de la Espada y otras que sería largo enumerar, proporcionaron materiales para tales trabajos, que todavía permanecen informes o incompletos. Parece mentira que en Bolivia no se hubiera todavía intentado bosquejar la biografía del capitán Nuflo de Chaves, caudillo máximo de esa conquista, ni siquiera entre los que pretendieron ser descendientes del prócer, sin exceptuar a nuestro ilustre D. Gabriel René-Moreno, que le dedicó páginas brillantes en su Catálogo de los Archivos de

Mojos y Chiquitos, pero que — ¡ay! — no conocía, porque no se habían descubierto aún en su tiempo, numerosos documentos que hoy corren impresos; omisión involuntaria que le obligó a fiarse demasiado de los nada escrupulosos cronistas de la primera época.

Con relación a Nuflo de Chaves puede repetirse lo que D. Juan María Gutiérrez dijera una vez respecto a Juan de Garay: "No existe una biografía completa y esmerada de nuestro buen fundador, uno de los conquistadores que, a par de Irala, nos reconcilian con sus compañeros de espada y arcabuz, por sus servicios positivos y por el acierto de sus ideas gubernativas". En la medida de nuestros alcances hemos tratado de llenar ese vacío en cuanto al fundador de Santa Cruz de la Sierra, aunque nuestros esfuerzos han debido detenerse alguna vez ante ciertas lagunas. Nos alienta, sin embargo, la convicción de que todo empeño realizado acerca de éste y otros temas de la presente Historia, será siempre provechoso porque contribuirá a ensanchar el camino de la investigación y porque servirá para allegar los materiales de la obra que continuarán los que vengan detrás, pues sabemos que toda empresa de carácter histórico es siempre incompleta y perfectible y que a nadie le es lícito pretender — a nosotros menos que a nadie — más que una aproximación en el descubrimiento de los enigmas del pasado, tanto más si corresponden a una época en que la escasa cultura y la poca difusión de los medios gráficos sólo dejaron muy contados y deficientes documentos, no todos dignos de fe ni de aceptación libre de examen.

Las fuentes de la historia de la conquista de Hispanoamérica son contradictorias y deficientes. No es posible conceder crédito absoluto a los cronistas, cuyos testimonios se ven desmentidos frecuentemente por los documentos. Entre esos cronistas se cuentan los del Río de la Plata, como Barco Centenera y Díaz de Guzmán, que muchas veces afirmaron, de oídas, cosas que no conocieron bien, cuando no incurrieron deliberadamente en inexactitudes maliciosas. Como ejemplo podría citarse el pasaje de la Argentina de Barco Centenera, referente a la fundación de Santa Cruz de la Sierra, que ha dado lu-

gar a no pocas confusiones, porque sitúa ese hecho en la época del primer viaje de Nuflo de Chaves al Perú, es decir, en 1546, cuando en realidad sucedió catorce años más tarde.

Citas semejantes podrían tomarse de la conocida obra de Ruy Díaz de Guzmán, que desgraciadamente sirvió de pauta a Lozano, a Guevara y al propio René - Moreno, que a veces erraba (levemente y menos que otros, desde luego) cuando se resolvía a dejar, sólo en razón de la necesidad urgente, su favorito método de escribir la historia al dorso de los documentos. Indudablemente las crónicas de la conquista no pueden ser consideradas estrictamente como "documentos", pues en realidad no lo eran sino a medias, en cuanto se referían a los hechos de que los autores habían sido testigos presenciales.

En cuanto a los historiadores — descontando con reservas a Oviedo y a Herrera, que dispusieron de los Archivos de Indias, centralizados en España — todos o casi todos estuvieron al servicio de las órdenes religiosas, interesadas en magnificar la obra evangelizadora emprendida en América, con un celo y una abnegación que seguramente merecen los mayores homenajes. Però esos historiadores no se eximieron, por desgracia, de la costumbre de repetir las fábulas de los cronistas, y menos de la tendencia a adornar los relatos con buena cantidad de sucesos milagrosos.

Sin haber pretendido, ni remotamente, abarcar la posesión completa del asunto, hemos acometido, pues, la tarea de reunir, convenientemente cotejados y compulsados, los antecedentes del descubrimiento, conquista y colonización del Oriente Boliviano, sin otro propósito que el de servir a la historia y sin más ambición que la de rendir un homenaje y ofrecer un espontáneo tributo a aquella tierra incomparable.

Conviene declarar que no es éste un libro de polémica ni persigue la intención de refutar a nadie. Expurgado de todo prejuicio y de toda tendencia política, sólo busca llenar su objetivo modestamente, mediante la divulgación ordenada y metódica de sucesos interesantes y sugestivos, cuando no importantes y trascendentes, que hasta ahora sólo estuvieron al alcance de pocos hombres dedicados a este género de estudios,

porque corren dispersos en publicaciones agotadas o poco difundidas o en obras monumentales, raras y algunas de ellas ni siquiera traducidas al castellano.

Alguien ha dicho, con mucho acierto, que la historia de América "sufre de un inconsciente mal de nacionalismo". Atribuimos tal achaque a la preocupación patriótica y a la influencia constante de las cuestiones territoriales o de límites, que han debido ventilarse o se ventilan, jurídicamente, a la luz de la historia de la conquista y de la colonización de estas naciones de origen ibérico. Se ha dicho también que esa historia debe ser restaurada, olvidando la diversidad actual de los pueblos y sin perder de vista la relación de las partes con el todo, por cuanto la conquista fué una, es decir, obra que debe ser contemplada y juzgada teniendo en cuenta los principios generales que la rigieron como empresa de estado. Liquidadas felizmente las cuestiones de fronteras que Bolivia ha sostenido con sus vecinos, este libro no puede ser mirado como sospechoso de parcialidad ni considerado como alegato de parte. No tiene, por lo tanto, otro propósito que el de contribuir ingenuamente a la formación de esa historia americana de conjunto y de grandes proyecciones, aportando una contribución al estudio de temas todavía no dilucidados.

Labor paciente, llena de dificultades y realizada a veces en momentos robados a perentorias ocupaciones oficiales, probablemente no será apreciada, porque tal es el destino de los trabajos que interesan a sólo un determinado número de personas y que salen del marco de las positivistas preocupaciones actuales. Hay ahora quienes opinan que es tiempo lastimosamente perdido el que se consagra a la tarea de volver los ojos al pasado. Y es que no saben de las satisfacciones espirituales reservadas a los que, sustrayéndose siquiera momentáneamente al fárrago de las complejas actividades de la vida moderna, se refugian en la historia, que es fuente de enseñanzas y a veces clave de fenómenos políticos, sociales y económicos, a simple vista inextricables. Cuánto ganaría el estadista si conociera a fondo los orígenes del propio país, antes de empeñarse

en resolver sus problemas por medio de fórmulas o de doctrinas trasplantadas.

El descubrimiento y la conquista del oriente boliviano fueron el resultado de la acción combinada del Río de la Plata y del virreinato del Perú. Participaron en la empresa tanto las gentes venidas del Río de la Plata con Pedro de Mendoza y Alvar Núñez Cabeza de Vaca — tales Ayolas, Irala y Nuflo de Chaves — como las enviadas por los virreyes de Lima y por la Audiencia de Charcas — tales Andrés Manso, Pérez de Zurita, Suárez de Figueroa y Solís Holguín — para no citar sino a los más sobresalientes. Esfuerzo doble, acometido simultáneamente, desde direcciones opuestas, por los capitanes fogueados en las guerras civiles del Perú y por los intrépidos aventureros del Paraguay, tuvo por resultado la creación de la más extensa provincia colonial de que hay memoria: la de Santa Cruz de la Sierra, con sus dependencias de Mojos, de Chiquitos y del Chaco. Fruto de las inquietas ambiciones de los buscadores del camino de la Sierra de la Plata, del Dorado, del Paititi y del Gran Mojo, a la vez que de la acción de las autoridades reales del Perú, que procuraban abrir la comunicación directa con España, sin largos y peligrosos rodeos por Panamá o Magallanes, fué también, como la conquista del Tucumán y como la segunda fundación de Buenos Aires, obra en la que intervinieron factores diversos, unos circunstanciales y otros al servicio de altas concepciones y finalidades.

Fué, pues, la conquista cruceña un fenómeno económico y social superior a los afanes inmediatos de los buscadores de riquezas minerales, que no eran sino los instrumentos más o menos inconscientes e irresponsables de una gran obra colonizadora. Nada habrían podido los atrevidos capitanes del Río de la Plata, abandonados por la metrópoli durante larguísimo períodos, sin la acción del virreinato y de la audiencia, que estaban allí para suministrar hombres, armas y dinero, para designar autoridades idóneas y legales y para consolidar los indecisos resultados de tantas heroicas pero impotentes aventuras.

Obra de cooperación y de conjunto, no es posible juzgarla con criterio mezquino y lugareño, desviando el juicio histórico que debe recaer, amplia e imparcialmente, sobre los hechos, si se aspira a interpretarlos dignamente.

La acción de los caudillos de la conquista no debe ser considerada, sin embargo, con uniformidad ciega, ni medida con rasero de indiferencia y menosprecio. El valor individual, las condiciones de inteligencia, de perseverancia y de mando, señalaron entre los conquistadores características tan disímiles y marcadas, que forzosamente hay que reparar en ellas cuando se analizan los actos de aquellos rudos varones y cuando se miden sus consecuencias. Un documento de 1635, que se guarda en el Archivo de Indias, señala con elocuencia más que suficiente esas relevantes diferencias. No es difícil descubrir a través de ese documento los verdaderos móviles de la conquista, que si generalmente se inspiraron en el ansia de riquezas inmediatas, también obedecieron, en casos memorables, a la inspiración creadora de una obra grande y perdurable. Se trata del parecer de Vasco de Solís, vecino de San Lorenzo de la Frontera, quien al referirse a la "tierra rica" de los Mojos, decía textualmente: "Y en busca de esta noticia envió el Gobernador Domingo de Irala al General Nuflo de Chaves, el cual, por la relación, llevaba su jornada muy bien guiada y, llegando a los indios chiquitos, tuvo guazavaras con ellos y le mataron, con hierba mortífera de que usan, catorce soldados y seiscientos indios amigos y trescientos caballos, y con esto dejó de seguir la jornada y se vino a poblar Santa Cruz, a donde muchos soldados le dijeron que no venían a poblar sino a buscar la tierra rica, y que se querían volver al Paraguay, y se fueron sesenta soldados". Pasando por alto lo de los "trescientos caballos", que huele a exageración o a error del plumarío o del copista, el parecer de Vasco de Solís no deja lugar a dudas sobre la diferente intención que guiaba a Chaves, respecto a los propósitos de buena parte de sus acompañantes. Mientras el brioso capitán venía a "poblar", cabe decir, a colonizar, los otros sólo buscaban la fortuna rápida y fácil. Triunfó el caudillo, con el apoyo del virrey y de la audiencia

y Santa Cruz fué fundada y erigida en cabeza de la nueva provincia de los Mojos. Por lo demás, también se plantaba por aquella parte un buen jalón hacia la conquista del Paititi.

No debe extrañarse que esta Historia de la Conquista del Oriente Boliviano abarque en veces tiempos harto avanzados del período colonial. Ello se debe a que la conquista de esa parte de América duró siglos de lucha contra las tribus autóctonas, contumaces y bravías como las que más y en ocasiones refugiadas en territorios inaccesibles.

La heterogeneidad del material acumulado para esta obra, la variedad, mejor dicho, puesto que todo él se refiere al mismo asunto, no debe hacer creer que han sido acogidos grosso modo todos los elementos que se han encontrado a mano y que tratan directa o indirectamente la materia. Sin perder nunca de vista la calidad de las pruebas, hemos utilizado los recursos que nos ofrecían historiadores y cronistas, así como documentos de diversa índole, muchos de ellos inéditos, para componer un cuadro, hasta donde ha sido posible completo, pero sin comprometer la verdad histórica y sin sacrificar lo cierto a lo dudoso. En todo caso hemos tenido el cuidado de indicar detalladamente el origen de los datos e informaciones, insinuando la desconfianza o la duda cuando hemos creído honesto y necesario hacerlo.

En lo relativo a la inserción de documentos o de textos antiguos, si bien tratando de mantener la versión original, hemos modernizado alguna vez la ortografía. El lector erudito sabrá disculpar las superficiales variaciones, comprendiendo que son necesarias en un libro que no es solamente de investigación, sino también de divulgación de hechos y de cosas que desearíamos fueran conocidos por la mayor cantidad posible de personas cultas.

Por idénticos motivos ha sido necesario intercalar en el texto buena cantidad de citas y de documentos. Tratándose de una historia que podríamos llamar "orgánica", porque se hace

por primera vez, era indispensable ofrecer la prueba de cada afirmación, evitando toda aserción en el vacío.

El discurso preliminar que D. Pedro de Angelis escribió hace ya más de un siglo, para encabezar la primera publicación de la notable Descripción Geográfica y Estadística de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra, por su gobernador-intendente D. Francisco de Viedma (obra que conoció inédita y explotó hábilmente el sabio D'Orbigny) contiene apreciaciones exactas y que siguen siendo actuales, al tratarse del oriente de Bolivia. No podemos resistir a la tentación de transcribirlas en parte, pues no parece sino que hubieran sido escritas para explicar los propósitos que nos han guiado al emprender el estudio que hoy presentamos. "En la vasta superficie del continente americano — dice — son infinitos los puntos que se ocultan aún a las investigaciones de los sabios... ¡Cuántos hechos ignorados, cuántos tesoros escondidos, cuántos gérmenes de prosperidad y de grandeza, fuera del alcance de la inteligencia humana!... La reforma de los abusos, la consolidación del orden y, más que todo, el aumento de la población, son las palancas que deben remover los obstáculos que presentan los hombres y que en algunas partes opone también la naturaleza. En este último caso se halla la provincia de Santa Cruz de la Sierra. Colocada en las fragosidades de las cordilleras y donde más se enroscan sus ramificaciones; lejos de las costas; sin relaciones mercantiles y en contacto inmediato con las tribus que la rodean, cuando no forman parte de su población, esta tierra de promisión carece de estímulo para fomentar su industria y elevarse al rango de prosperidad que le ha destinado la Providencia. Los frutos más exquisitos, los renglones más privilegiados, figuran en el cuadro asombroso de sus producciones... Esta extraordinaria fecundidad del terreno y las influencias de un clima demasiado cálido, contribuyen a aletargar a los hombres, que pasan la vida en una inalterable inercia... Las pocas o ningunas noticias que existen sobre Santa Cruz de la Sierra, nos hacen esperar que se lean con interés las que publicamos ahora..."

Con alcanzar a despertar ese interés quedaríamos satisfechos, dejando al cuidado de mejores plumas, ya que no al de mejores intenciones que las nuestras, la tarea de completar una investigación que, por su magnitud, es seguramente superior a nuestras escasas fuerzas.

En obsequio de la verdad debemos confesar que, en el curso de esta labor, más de una vez nos hemos sentido invadidos por el desaliento y hasta tentados a renunciar a una tarea que se presentaba complicada, árida y erizada de enigmas y dificultades. Sabíamos de antemano que el resultado sería inferior al programa concebido y al empeño desplegado. Pero como también somos de los que piensan que el peor libro es el que no se escribe o no se publica y que no hay esfuerzo inútil ni perdido cuando se lo realiza con sinceridad e intención recta, hemos desechado escrúpulos y hemos entregado a las prensas el fruto de nuestros desvelos, que ojalá merezca la acogida benévola de quienes son capaces de apreciarlo.

CAPÍTULO I

EL MEDIO FISICO

Para que la gigantesca empresa de la conquista del oriente boliviano pueda ser apreciada en toda su magnitud conviene hacer conocer el medio físico en que fué desarrollada. No es posible dar a los hechos históricos su verdadera significación, si se ignora el ambiente en el cual se realizaron. Y aunque las hazañas del capitán Nuflo de Chaves alcanzaron un vastísimo campo de acción y tuvieron lugar en dilatados territorios, con anterioridad a la épica jornada que interesa particularmente a los fines de esta historia, hemos de ceñirnos por ahora a dar una idea general de las regiones comprendidas por la provincia que fundara, sin dejar de incluir dentro del cuadro aun aquellas que no fueron totalmente descubiertas y sometidas por él, a causa de haberle sorprendido la muerte antes de que completara su obra, pero que luego fueron el campo de acción de sus continuadores.

Verdadero arranque de la grandeza del imperio colonial de Charcas, la creación de Chaves ha sido calificada más de una vez como el fruto del nepotismo virreinal, en alianza estrecha con las ambiciones de un aventurero desleal y sin escrúpulos. La fundación de la primitiva provincia de los Mojos no fué nada de eso, sino un hecho de alta previsión gubernativa, culminando los esfuerzos de un benemérito y heroico soldado de la conquista. La erección de Santa Cruz de la Sierra fué un milagro de audacia, cuyas incalculables proyecciones no tardaron en manifestarse, y fué el punto de arranque del ensanche de los dominios españoles por aquella parte, en contraposición a los pujos expansionistas del Portugal, ya instalado por entonces en el Brasil.

¿En qué condiciones se realizó tan atrevida gesta? ¿Cuáles eran las características telúricas de esas regiones? ¿Qué recursos naturales ofrecía la tierra y qué dificultades oponía a la instalación de aquellos hombres venidos de otros climas y habituados a otro género de vida?

Toda empresa humana, para ser justamente considerada, necesita ser vista en su medio y en su época. De otro modo se corre el riesgo de extraviarse en la apreciación de las circunstancias, disminuyendo importancia a los acontecimientos, o bien exagerando su magnitud y trascendencia. Conviene, pues, dar una idea, hasta donde sea posible exacta, del ambiente en que se realizó la empresa que nos preocupa, pero no desde el punto de vista de los conocimientos actuales, que nos darían una imagen de las cosas notablemente modificada, sino ateniéndonos principalmente a los textos coloniales, a las opiniones sabias y aun en ciertos casos a los raros documentos que se conservan en los archivos, correspondientes al período de la conquista.

Algunas de esas informaciones podrán ser a veces oscuras y deficientes, pero tendrán la virtud de acercarnos al ambiente y de permitirnos contemplarlo casi tal como lo vieron los personajes actuantes, dentro de la limitación de sus elementos de juicio, entrabados por la ignorancia propia de la época, por la preocupación religiosa o por el temor a lo desconocido.

Era el teatro de los sucesos que nos proponemos referir, a mediados del siglo XVI, sin duda una de las regiones más agrestes y bravías entre las de la América descubierta y en vías de descubrirse. La travesía por tierra y la navegación fluvial eran tan difíciles como llenas de peligros. La población autóctona estaba compuesta de "naciones" indómitas y guerreras, en su gran mayoría nómadas, con arraigados hábitos de antropofagia y situadas, por lo tanto, en el escalón más bajo de la evolución de la especie humana. La fauna era pródiga en alimañas de todo género, de tierra y agua. La selva tropical se mostraba hostil, impenetrable y llena de acechanzas. Los ríos eran unas veces torrentes vertiginosos y otras enor-

mes cauces desbordados sobre las planicies interminables. Los campos desaparecían bajo las aguas en las épocas lluviosas, o se calcinaban en tiempo seco bajo la acción de un sol de fuego, hasta extremos de no ofrecer recurso alguno contra los suplicios de la sed. La temperatura presentaba alternativas bruscas de calores sofocantes y olas de frío intenso, traídas de la región antártica en alas del viento sur.

Pero no faltaban las compensaciones benéficas y salvadoras. Había entre los mismos indígenas parcialidades industriales y relativamente sedentarias, que se tornaban amigas del hombre blanco y le facilitaban medios de subsistencia, cuando no le brindaban también su alianza contra las otras tribus. La tierra ofrecía productos variados para la alimentación, porque la caza y la pesca eran casi siempre abundantes y nada difíciles. El bosque proporcionaba maderas excelentes para la construcción de viviendas y embarcaciones. Los grandes ríos eran caminos abiertos a las exploraciones de parajes remotos y medios de desplazamiento rápidos y cómodos. Las aguas, al retirarse, fertilizaban el suelo, que producía entonces cosechas incalculables. Los cambios de temperatura y los vientos eran treguas saludables, útiles para la purificación del aire.

Oigamos hablar sobre estas cosas a los mismos conquistadores o a los cronistas que les interpretaron a través de los documentos coetáneos o de los testimonios orales. Ellos expresarán, mejor que nadie, las verdaderas impresiones que recogieron al chocar con la bravía naturaleza.

Que nos sea permitido, sin embargo, decir algo de la admiración que nos despierta el conocimiento de las épicas hazañas de aquellos valientes castellanos, andaluces y extremeños, que desentrañaron el misterio de las tierras fabulosas situadas en el centro mismo de la América Meridional; de los que no tuvieron la suerte de tropezar ni siquiera con los vestigios de civilizaciones más o menos avanzadas; de los que bautizaron el gran río descubierto por Solís, con el nombre de un miraje nunca realizado; de los que abrieron la ruta interoceánica y sugirieron a los propios representantes del rey la

conveniencia de extender, en inmensas latitudes, la obra fecunda de la cruz y de la espada.

Heroísmo sin ejemplo el de aquellos sublimes aventureros. Las fiebres malignas hacían estragos en sus filas, a poco que se vieran obligados a acampar en sitios pantanosos o que la alimentación desmejorara, por natural escasez de los lugares o por la hostilidad de los salvajes. Las plantas espinosas destrozaban sus ropas y al cabo de corto tiempo sólo conservaban vestigios de sus maltrechos atavíos, semejando partidas de espectros semidesnudos y andrajosos. Nada les arredraba, sin embargo. Viniendo de la Asunción o del Perú, cuando no de más lejos, como en el caso de Alejo García, paseaban su coraje, su ambición y su miseria, a través de aquellos desiertos interminables, sin encontrar las riquezas de que hablaban las “noticias”.

Al occidente del río Paraguay empezaban las tierras “encantadas” y hacia el norte se ubicaba imaginariamente el *Dorado* legendario. Más allá de los Chiquitos y de las tribus que los circundaban, se encontraban otros pueblos feroces que cerraban el paso hacia la Sierra de la Plata: los chiriguano, de origen guaraní, más indómitos que sus parientes del Brasil y el Paraguay. Los chiquitos ocupaban una extensa región, entre montañosa y llana, tan pronto fértil como seca y árida, en donde faltaba el agua durante largos períodos y la vida se tornaba insoportable. Dice un testigo presencial de una de las memorables expediciones, que en distancias de treinta leguas no se encontraba una sola gota de agua. “Morían de sed algunos de los nuestros”, afirma Schmidel, agregando que debía apelarse al recurso de chupar raíces. “Teníamos tan grandes trabajos — expresa — que no nos acordábamos del oro y de la plata: todo era clamar por agua” (1). Como contraste sobrevenían las selvas umbrosas e impenetrables, elevadas sobre inmensos pantanos. Allí se desbordaba una vegetación exuberante, capaz de cautivar la admiración del ser más insensible y despreocupado. Eran paisajes de ensueño y

(1) SCHMIDEL, *Viaje al Río de la Plata y Paraguay*, capítulo XLVI.

panoramas de belleza incomparable. Por allí avanzaban las trashumantes caravanas, abriéndose paso a golpes de hacha y sorteando dificultosamente la enmarañada urdimbre de las plantas trepadoras y parásitas.

Sucesión interminable de bañados, de praderas, de bosques y montañas cubiertas de arboleda. Por todas partes maravillosos espectáculos. Y, sin embargo, nada de eso parecía conmover a aquellos hombres de armas, que quizá no tenían ojos sino para cuidarse del peligro incesante y para orientar sus pasos hacia la meta soñada.

Llama la atención, en efecto, el no encontrar sino rara vez, en las relaciones de historiadores y cronistas de la conquista, referencias descriptivas sobre las bellezas naturales de las tierras descubiertas y exploradas. ¿Eran aquellos hombres indiferentes para todo lo que no significara una finalidad utilitaria? Seguramente que no, aunque aparezca tal cosa de la aridez invariable de historiadores y cronistas. Tan no lo eran, que muchas veces asombra el acierto con que eran elegidos los parajes más hermosos y pintorescos para fijar asientos y para fundar ciudades. Pero las relaciones de viaje, las historias y las crónicas fueron generalmente escritas por gentes indoctas o por misioneros sólo atentos a la trascendencia evangélica de la obra realizada por sus respectivas órdenes o congregaciones y a los medios prácticos de facilitarla. Con razón dice Groussac, en su *Noticia* sobre Ruy Díaz de Guzmán: "Ni esas gentes tenían el sentimiento de la naturaleza, ni menos podían encontrar el rasgo espontáneo que lo sugiere".

Ejemplo de esta clase de autores es el padre Fernández, que escribe, al tratar de Chiquitos, éstos y otros desabridos y desmadejados comentarios: "El país por la mayor parte es montuoso y poblado de espesísimos bosques, muy abundantes de miel de cera por la gran multitud de abejas de varias especies, entre las cuales hay una casta llamada Opemús, la más semejante a las de Europa, cuya miel es odorífera y fragante y blanquísima su cera, aunque algo blanda. Abundan también de muchos monos, gallos, tortugas, antas, ciervos, cabras monteses y también de culebras y víboras de extraños venenos,

porque hay algunas que luego que muerden se hinchan los cuerpos de los pacientes y destilan sangre por todos sus miembros, ojos, oídos, boca, narices y aun de las uñas... El terruño de suyo es seco, pero en tiempo de lluvias, que duran desde diciembre hasta mayo, se anega tan disformemente la campaña, que se cierra el comercio y se forman muchos ríos y grandes lagunas, que abundan en muchos géneros de pescado, los cuales pescan con cierta pasta amarga con que atontados salen a la superficie del agua. Pasado el invierno se secan luego los llanos y para sembrar es menester desmontar con gran trabajo los bosques y cultivar las colinas y cumbres de los montes, que rinden muy bien el maíz o trigo de las Indias, arroz, algodón, azúcar, tabaco y otros frutos propios del país, como plátanos, piñas, maní, zapallos (que es una especie de calabazas, mejores y más sabrosas que las de Europa)... El clima es cálido y destemplado, causa de muchos accidentes apopléticos y frecuentes contagios..." (2).

Sorprende tropezarse a veces con referencias como las que consigna Charlevoix, verdad que en una obra relativamente moderna, su *Historia del Paraguay*, al hacer la descripción de una parte del Chaco. "Apenas han pasado (las aguas) — dice — cuando las llanuras del Chaco aparecen como unos grandes jardines que, mirados desde lo alto de las montañas, forman un espectáculo que no tiene acaso igual en la naturaleza. ¡Qué sería si este hermoso país estuviese habitado por pueblos industriuosos, que trabajasen por corregir lo que hay de incómodo y supiesen sacar partido de las ventajas que les ofrece la naturaleza!" (3).

Corresponden al P. Guevara estos comentarios que, si bien son harto breves y han sido consignados al pasar, revelan admiración sincera por las bellezas naturales de la región rioplatense, aunque van intercalados entre prosaicas enume-

(2) P. PATRICIO FERNÁNDEZ, *Relación Historial de las Misiones de Indios que llaman Chiquitos*, etc., capítulo II.

(3) *Historia del Paraguay*, escrita en francés por el P. PEDRO JAVIER DE CHARLEVOIX, tomo I.

raciones de naturalista y misionero y están expresados en estilo algo ramplón y poco ameno: "El corazón de estos países son campañas dilatadas con algunas elevaciones de terreno. A trechos se extienden por muchas leguas de espesos bosques que embaraza al sol la comunicación de la luz, con el travieso enlazamiento de unos árboles con otros y mucha variedad de enredaderas, que suben desde el pie hasta la cumbre. En parte se divide el terreno en hermosas praderías y dehesas, esmaltadas de verde y revestidas de toda la variedad de vistosas flores que lleva de suyo la más lozana primavera". Hablando del curso de los ríos, el mismo autor consigna, en medio de prolizas referencias hidrográficas, esta descripción que no carece de colorido y de intención literaria: "No parece sino que la naturaleza quiso salir aquí con una invención peregrina y que de propósito se puso a travesear en el elemento del agua; porque azotados los raudales, se encrespan contra su natural gravedad, levantándose hacia arriba, antes de tomar nuevo curso, formando en el aire una contienda de aguas encontradas, que se disputan el paso, en extraño elemento, para prevenirse las unas a las otras en ocupar el espacio y seguir su carrera. A las veces se sepultan en subterráneos conductos, y corriendo largo tiempo escondidas, revientan en formidables turbaciones, vomitando al agua muchas varas en alto o dejándola precipitar con espantoso ruido. De la colisión de tantas aguas, las unas contra las otras, y todas contra los peñascos, se levanta una ligera niebla que admite y transfunde los rayos solares, con admirables refracciones que ofrecen nuevos espectáculos a la vista" (4).

Barco Centenera, aunque escribiendo en verso, queda tan lejos de todo acierto poético en sus pálidas descripciones, que no alcanza a dar la impresión de haber sentido la más pasajera emoción estética al contemplar los maravillosos espectáculos tantas veces ofrecidos a sus ojos, en el curso de interminables andanzas a través de tierras peruanas y ríoplatén-

(4) *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, por el P. JOSÉ GUEVARA, de la Compañía de Jesús, tomo I.

ses. Sorprende también en este escritor la facilidad con que consagra su admiración a las cosas menos extraordinarias, mientras la escatima para lo que realmente es digno de la inspiración y hasta del éxtasis. No le faltan, sin embargo, ciertos arranques de entusiasmo lírico, pobremente expresado, cuando se refiere al río Paraguay, en estos términos:

"No corre el Paraguay tanto furioso
Es río muy mayor que el de Sevilla,
De vista y parecer es muy gracioso,
Con ribera vistosa y linda orilla,
De frescas arboledas muy copioso
Y en partes prado verde a maravilla;
También tiene en los prados más cercanos
Lagunas, negadizos y pantanos.

.....

Antes de Asunción hay angostura
Del río, y así corre furioso,
Alegre es por allí, y de frescura,
De muchas arboledas muy umbroso,
Con islas que hay en él de hermosura
Extraña y parecer muy deleitoso.
Aquí entra Pilcomayo, que vertiendo
Sus aguas, del Perú llega corriendo."

También merece señalarse este pasaje, relativo al río de la Plata:

"En el nuestro se forman muy hermosas
Islas, de a doce leguas y mayores,
En sus tiempos muy frescas y frondosas,
Pobladas de mil rosas y de flores,
De caza y de bastimentos abundosas.
En ellas guaraní son pobladores,
Sin que ninguna nación otra se atreva
En el poblar en ella hacer la prueba" (5).

No existe en los *Comentarios* de Alvar Núñez, escritos por su secretario Pero Hernández, referencia alguna al aspecto del país que recorrió el infortunado gobernador del Río de la Plata, que pudiera interpretarse como señal de admiración. No cabe mayor aridez en los relatos, que se concretan a hablar de la acogida cordial u hostil de las tribus indígenas, de los *bastimentos* con que los expedicionarios conseguían aplacar el hambre, en fin, de los aspectos más vulgares, cuando no mezquinos y ruines, de la odisea ríoplatense.

Por cierto que tampoco el criollo Ruy Díaz de Guzmán, primer historiador sudamericano, puesto que precedió al inca Garcilasso, se entretiene en disquisiciones poéticas ni en escarceos literarios. Pedro de Angelis lo disculpa con acierto expresando que, habiendo “nacido en el centro de una colonia rodeada de hordas salvajes y privada de todo comercio intelectual con el orbe civilizado, sin maestros y sin modelos, no tuvo más estímulos que la actividad de su genio, ni más guía que una razón despejada”.

En cuanto a Ulderico Schmidel, autor de un *Diario de viaje al Río de la Plata y Paraguay*, soldado alemán de fortuna, al servicio de la conquista española, cuyas noticias han merecido fe por tratarse de un testigo presencial de muchos sucesos, tampoco se entretuvo en la descripción del escenario de las hazañas de sus compañeros de aventuras. Su lenguaje es seco y duro. Se concreta, por lo general, a tratar las cuestiones prácticas de la empresa conquistadora, concebida como negocio lucrativo. Se descubre fácilmente en la lectura de su diario el hombre ávido de bienes y el temperamento sensual que sólo fija la atención en las cosas que despiertan sus instintos. Para Schmidel los lugares más interesantes son aquellos en que hay abundante comida, buen botín y mujeres tentadoras a su alcance. Nunca deja de expresar su opinión sobre el aspecto del elemento femenino de las tribus o “naciones” que los conquistadores visitan en paz o someten en son de guerra. Tan pronto dice de las mujeres que “son feísimas” (capítulo XVII), como se deleita en describir sus encantos y atavíos, expresando que “se pintan desde los pechos hasta las rodillas con tan-

to primor, que duda haya en Alemania quien las exceda en artificio y lindeza”, agregando que “andan desnudas y son hermosas” (capítulo XXXVI). Más adelante habla de mujeres atractivas, que “no trabajan en el campo, ni en casa hacen más que hilar o tejer algodón o guisar la comida a los maridos, o servirlos en otras cosas agradables, lo cual hacen también con otros camaradas fácilmente” (capítulo XLIV). De otras dice que “son hermosísimas y lascivas” y que le parecieron “muy blancas”, aunque eran indias (capítulo XXXVII).

Ni una palabra, sin embargo, sobre el aspecto general de la región, como no sea para hablar de interminables sufrimientos y penurias. Relatando las peripecias de la expedición de Hernando de Ribera, de la que dice haber formado parte, en tiempos del adelantado Cabeza de Vaca, habla del “hambre y pobreza que pasaban en este viaje”, agregando que “enfermó la mitad de la gente, por no tener más comida que palmitos y raíces agrestes”. Se detiene, también, a referir los peligros y quebrantos de la expedición, expresando: “Caminamos hasta llegar a los indios Parecis, semejantes a los Xarayes, y anduvimos continuamente ocho días, de día y de noche, con el agua hasta las rodillas y a veces hasta la cintura, sin poder salir de ella. Si habíamos de encender lumbre, armábamos sitio con palos en alto donde ponerla; y muchas veces la comida, la olla y la lumbre y aun quien la cocía se caían en el agua y nos quedábamos sin comer. Los mosquitos nos molestaban tanto que no nos dejaban hacer nada”.

Se explica, pues, que Schmidel, de regreso a su patria, después de veinte años de andanzas en América — había venido en la armada de D. Pedro de Mendoza — escribiera el epílogo de su obra, consignando estas elocuentísimas razones: “Así, por singular providencia de Dios Omnipotente, llegué al lugar de donde había salido; pero de tantos cuantos peligros de la vida y cuerpo sufrí y probé, cuántas hambres, cuántas miserias, cuidados, trabajos y angustias, en andar por las provincias de los indios, bastantemente podrán entenderse en esta declaración histórica”. Se sabe que Schmidel volvió a su patria

casi tan pobre como había partido, cansado de las fatigas en que, no obstante, persistieron sus compañeros españoles.

Pertenecen a D. Antonio de Herrera estas referencias a las jornadas de Alvar Núñez, en las que no falta el colorido: "Toda esta tierra es muy alegre y fértil, de grandes campañas, ríos y arboledas; cinco días se anduvo sin hallar poblado, en que se pasó gran trabajo, por los muchos ríos y malos pasos, y tal día hubo que se hicieron dieciocho puentes en ríos y ciénagas; pasaron también grandes sierras y muy ásperas montañas, cerradas algunas veces de arboledas de cañas muy gruesas, que tenían agudas púas, y de otros árboles, que para poderlos pasar iban siempre delante veinte hombres, cortando y abriendo camino, y era tanta la maleza que no veían el cielo" (6).

A título de curiosidad y porque se trata de un documento raro en su género, insertamos aquí un fragmento de la relación hecha en 1635, por Lorenzo Caballero, nacido en Santa Cruz la Vieja y avecindado luego en San Lorenzo de la Frontera, o sea Santa Cruz la Nueva. Contiene algunos datos relativos a una de las expediciones a los Mojos, pero encierra una descripción notable por su origen y su época y que probablemente es el primer brote literario conocido, de un auténtico hijo de la ciudad fundada por Nuflo de Chaves. El documento forma parte del expediente organizado en 1636 para reforzar la consulta formulada ante el monarca por el presidente de Charcas, D. Juan de Lizarazu, sobre la conveniencia de continuar la conquista de la provincia de los Mojos. He aquí algunos de sus pasajes más pintorescos:

"Y subiendo por la falda de aquellos cerros altos, que son principio de la cordillera que corre hacia el norte, se va gozando de aquella frescura que la arboleda con su sombra causa, entretegidas las ramas con las pencas de cinco géneros de palmas, haciendo compañía a su reina que es la Palma Real; y envidioso de esta conformidad el viento, manso y murmurador, da en ellas por ver si las puede dividir unas de otras, haciendo un suave y agradable son, con el cual que las aves y chirriadores pajarillos, con sus arpadas lenguas, cantan con diferentes géne-

(6) Década VII, libro II, capítulo IX.

ros de tonos, alabando al Señor que los creó; y dejando atrás este paraíso, si así se puede llamar, salen a ver las lomas y rasos, dando libertad a la vista para que pasee por todas aquellas islas encumbradas de palmas reales que habitan en aquellas lomas tendidas, por donde se señorea aquella regalada madre de Tayjube y río de San Pedro, que de la madre y río pudiera sólo un soldado con su anzuelo sustentar un campo de pescado.

“También corren a trechos por las vertientes de las lomas unos arroyuelos de aguas cristalinas y frescas, y muchos de ellos corren sobre piedras y guijas; y en contra de esta corriente van subiendo muchas mojarras, bagres y otros géneros de peces, a ver de dónde les viene tanto bien como la libertad de que gozan; y a la vera de estos arroyuelos se crían tantas flores y arrayanes, que fertilizadas con el riego y frescor de la noche y rocío helado de la mañana, están alegres, ofreciéndoles a las abejas el almíbar de que hacen tanta cantidad de miel, que puede un campo, por grande que sea, gozar de ella donde quiera que se alojara” (7).

Curiosa muestra del estilo de un primitivo cruceño de comienzos del siglo XVII que, pese a su más que dudoso gusto, contribuye a dar una idea del aspecto de la región, a la vez que a comprobar que los criollos, a lo menos, se mostraban sensibles, desde aquellos remotos tiempos, a las bellezas bucólicas de la tierra nativa.

La gobernación de Chaves, a la que pronto se unieron las tierras de Manso, como se verá más adelante, abarcó el extenso territorio que regaban por el norte, más allá del río Beni, los afluentes del Amazonas; estaba separada de las demás provincias altoperuanas por la cordillera oriental de los Andes; iba por el noroeste más allá del Iténez, que con el tiempo fué fijado como límite con el Brasil, y por el este y el sudeste llegaba hasta el río Paraguay; por el sur, finalmente, colindaba con la gobernación del Tucumán. Grandioso escenario, digno de las hazañas de los hombres que realizaron la proeza de poner esos territorios bajo el dominio de los poderosos monarcas españoles.

Con el fin de dar una impresión más exacta y más completa de las condiciones del medio, conviene proceder a un aná-

(7) Juicio de Límites, prueba peruana, tomo IX, tomado del Archivo de Indias.

lisis metódico de sus diferentes zonas, señalando sus características, no solamente con el auxilio de la documentación colonial, de suyo deficiente, sino también ateniéndose al testimonio de los viajeros ilustres, de los hombres de ciencia y de las autoridades españolas encargadas de regir y organizar la administración de tan dilatadas regiones.

Una de las características más notables del territorio, descartadas las cordilleras poco elevadas de Chiquitos, de los Chiriguano y los contrafuertes del Vallegrande, es la uniformidad de su superficie y su poca elevación sobre el nivel del mar. Así lo señala Haënke, hablando de los llanos de Santa Cruz la Nueva, de Mojos y de Chiquitos, y lo confirma Weddell, auxiliar del conde de Castelnau, con relación al Chaco. Este naturalista y explorador asegura haber tomado la altitud del Chaco, hacia la frontera de Tarija y afirma no haber encontrado sino una elevación de ciento sesenta metros sobre el nivel del mar, lo que le induce a calcular, para la pendiente general de los ríos, una inclinación no mayor de diez metros por grado geográfico. "Ese solo hecho permite presumir que las inundaciones deben ser inevitables en esos parajes", comenta el citado autor.

La región de Chiquitos cubría una extensión calculada por D'Orbigny en diez mil leguas marinas. Eran sus límites las colinas situadas al septentrión del Guaporé o Iténez, el río Paraguay, los llanos del Chaco Boreal, con los cuales se confundía y el río Grande o Guapay, a cuya orilla opuesta se extendían los campos de Grigotá. El territorio chiquitano se caracteriza por un macizo central, del que se desprenden ramificaciones de colinas bajas, provistas de corrientes de agua de poca importancia, hasta llegar a los grandes ríos que limitan la zona. He aquí algunas impresiones de Castelnau, que pueden ilustrar con precisión acerca de las características de la región chiquitana:

"Apenas entramos en Bolivia, nos damos enseguida cuenta de la diferencia que existe entre esta región y el Brasil, desde el punto de vista de la configuración física... Apenas el viajero ha franqueado la línea imaginaria que limita este país por el oeste, cuando se encuentra

con una región tan pronto anegada por las lluvias tropicales, como completamente desprovista de agua. Durante muchos meses del año, en efecto, solamente en embarcación puede recorrerse la parte de Bolivia más cercana a la frontera y, en las otras estaciones, las caravanas se ven obligadas a llevar consigo el agua necesaria para beber... En uno de los días más fatigosos que pasé en el curso del viaje, el calor era asfixiante. No hacía media hora que habíamos salido, cuando caímos en medio de las más espantosas ciénagas que es posible concebir; nuestras monturas caminaban con el fango hasta los ijares; resbalaban a cada paso y caían con jinetes y cargas entre el lodo; las lianas que obstruían el camino hacían la marcha cada vez más penosa y, al caer la noche, uno de nosotros fué arrebatado del caballo por una de esas cuerdas vegetales y se sintió por un momento suspendido en el espacio... El río Grande, llamado antes Guapay por los naturales del país, tenía en ese lugar cuatrocientos metros de ancho, con una profundidad de sólo un metro; pero en la época lluviosa se eleva por encima de sus barrancas de diez metros, inunda todo el país y adquiere una corriente rapidísima" (8).

Una descripción gráfica de Chiquitos, en la parte que confina con el río Paraguay, es la que D. Félix de Azara incluye en la primera parte de sus *Viajes*. Extractamos de ella las siguientes importantes referencias:

"Un país muy llano debe también necesariamente poseer muchos lagos; éstos deben tener una superficie muy extensa, poca profundidad y, por consecuencia, secarse en verano; porque no ofreciendo el suelo una salida suficiente a las aguas de lluvia, que no puede absorber, se reúnen forzosamente en los parajes que son un poco más profundos, pero que no pueden serlo mucho en un país semejante, y por tanto se extienden en superficie.

"Mi descripción ofrece un ejemplo patente en todos esos efectos. El famoso lago de los Xarayes está formado por el concurso de todas las aguas producidas por las lluvias abundantes que caen durante los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero, en la provincia de Chiquitos y en todas las montañas cuyas aguas contribuyen a formar el gran río del Paraguay por el lado de su nacimiento. En efecto, este río, no pudiendo contener todas estas aguas en su lecho, las extiende a un lado y otro, porque el país es horizontal. Como estas lluvias son mucho más considerables en unos años que en otros, el lago sigue la misma regla en su extensión, y como su figura o su contorno depende de la horizontalidad del terreno, este lago es también extremadamente irre-

(8) FRANCIS DE CASTELNAU, *Expédition sur les parties centrales de l'Amérique du Sud*, París, 1850, tomo III.

gular y es imposible describirlo con exactitud. Para dar una idea aproximada hablaré desde luego de su extensión al este del río Paraguay y pasaré enseguida al otro lado.

“Comienza antes del 17º de latitud y puede tener en este paraje veinte leguas de ancho al este del río Paraguay; conserva aproximadamente el mismo tamaño hasta el 22º, es decir, durante más de cien leguas, sin hablar del Pan de Azúcar y otras pequeñas montañas que rodea con sus aguas. Al oeste del mismo río el lago comienza a los 16º30' y continúa hasta el 17º30', penetrando en la provincia de Chiquitos por espacio de varias leguas. Desde los 17º30' hasta los 19º30' su extensión es poco considerable; pero luego, hasta el 22º, continúa extendiéndose mucho en el Chaco y aun más en el país de los Chiquitos, según marca mi carta. Se puede, por aproximación, estimar su longitud en ciento diez leguas y su anchura en cuarenta; no obstante, en ninguna parte es navegable, a causa de su poco fondo. Lo que hay de más singular es que durante la mayor parte del año está seco, sin que se encuentre una gota de agua potable y lleno de gladiolas y otras plantas acuáticas. Algunos antiguos creyeron que el lago era la fuente del río Paraguay, y es precisamente lo contrario. Otros, aficionados a forjar cuentos, dijeron que en el centro del lago está el imperio de los Xarayes, o del Dorado, o del Paititi, y han embellecido esta mentira con otras fábulas todavía más extrañas” (9).

En cuanto al Chaco, continuación de Chiquitos hacia el sud, o sea el territorio de los llanos de Manso, su entrada por el Alto Perú se encontraba en la llamada Cordillera de los Chiriguano, región de la cual un documento del siglo XVII hace esta gráfica referencia:

“La tierra de la Cordillera es buena, fértil y abundante de buenos temples y sanos y al año se cogen dos cosechas en la provincia de Charagua; corre de norte a sud cincuenta leguas que hay desde el Pilcomayo al Guapay y de este a oeste corren treinta y siete leguas que hay desde el asiento del Villar, que es la última población de las fronteras de Tomina, hasta la última cordillera que fenece en el principio de Charagua, desde la cual principian los llanos hasta el Río de la Plata, sin haber más cordillera ni tierra alta... Es la tierra de cierta disposición para poblaciones de españoles y para fundar copiosas haciendas de pan y vino y carne y azúcar, con grande abundancia... No hay minas de ningún género, pero poblándose con la brevedad que se promete,

(9) *Viajes por la América Meridional*, por FÉLIX DE AZARA, tomo I, capítulo II.

podrá resultar gran interés del comercio y haciendas que se pusiere..." (10).

Sobre la región que se extendía más allá de los Chiriguano, es decir, el Chaco Boreal, dice Charlevoix, en su *Historia del Paraguay*, anotada y corregida por el P. Muriel, que es territorio no conquistado y que se halla separado de las provincias del Paraguay y Río de la Plata, "por el gran río que lleva estos nombres", pero salva "los derechos de estas provincias, de la de Tucumán y aun de la de Charcas y Santa Cruz, que pueden tener también pretensiones a lo que se comprende bajo el nombre de Chaco, pues no reconocen límites fijos en esta región y sus gobernadores hasta se ven obligados a no reconocerlos por la necesidad de reprimir las hostilidades de los pueblos del Chaco" (11). Sorprende la exactitud con que este historiador jesuita dejó planteada, a fines del siglo XVIII, la litis sobre la posesión del territorio chaqueño, que andando el tiempo habría de dar lugar a conflictos que han alcanzado hasta nuestros días.

Acerca del clima y de la fertilidad del terreno, dice la misma obra lo siguiente:

"Bajan de la cordillera arroyos en tan gran número, que al derretirse las nieves de que está cubierta (lo que coincide con la estación de las lluvias) se desbordan, convirtiendo aquella parte en un vasto mar y dejando para todo el resto del año cantidad de lagunas que están llenas de pescado. Estas inundaciones son especialmente tan sensibles en la desembocadura de los ríos que van a parar al río de la Plata y río Paraguay, y sobrevienen a veces tan de repente, que los habitantes se ven forzados a embarcarse en piraguas o subirse a los árboles y quedarse allí hasta que se retiran las aguas o hallan otro medio de ponerse en salvo... Mas tales inconvenientes están bien compensados con las ventajas que se sacan de aquellas grandes crecientes de agua... Los habitantes del Chaco se contentan con remover un poco la tierra cuando está descubierta y es verdad que, aun independientemente de este corto trabajo, les proporciona grandes recursos para vivir, pues produce frutos en abundancia y la sola caza y pesca bastaría para sustentarse

(10) Archivo General de Indias, Información de servicios de RUY DÍAZ DE GUZMÁN, publicada en los *Anales de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires*, tomo X, 1914.

(11) CHARLEVOIX, *Historia del Paraguay*, tomo I, libro III.

Parte de esta provincia se halla cubierta de dilatados bosques, algunos de los cuales no tienen más agua que la que se halla en los huecos de los árboles, que son otros tantos depósitos y de agua muy clara y muy buena para beber..." (12).

Bien se conoce que el historiador, en pleno siglo XVIII, no tenía más noticias del Chaco que las que se referían a la parte más conocida y agradable de ese vasto territorio. Con relación a los recursos del mismo, Azara afirmaba que no hay en él arroyo, ni lago, ni pozo, que no sea salobre en verano o cuando las lluvias escasean, porque es el agua pluvial la que disminuye, naturalmente, la salsedumbre. Asegura que aun los ríos, como el Pilcomayo y el Bermejo, "se resienten de esa salazón cuando están muy bajos". De la vegetación chaqueña el mismo autor dice que los bosques espesos se hallan solamente cerca de los ríos o aguadas y que en las partes áridas — que son las más extensas — sólo hay "cebiles, espinillos, quebrachos y algarrobo de especies muy variadas y diferentes a las de Europa".

Acerca de la región de los Mojos, al norte del Grigotá y de Chiquitos, la curiosa relación del cura de Mataka, Diego Felipe de Alcaya, basada en la escrita por su padre, que fué uno de los fundadores de Santa Cruz de la Sierra, contiene datos especialmente interesantes, porque son relativos a sucesos de los primeros años de la conquista.

Hablando de la entrada del gobernador Solís Holguín a los Mojos, dice la citada relación, entre otras cosas: "Están los más pueblos junto a una madre o río que hace una gran laguna, a cuya orilla están en tierra alta, fertilísima, sana y buena, sus chacaras en montaña clara, muy bien rozadas, con cuñas de piedras, que no alcanzan cosa de españoles, ni habían tenido noticia de ellos; goza de gran fuerza de pescado, maíz y maní y otras legumbres; parece cosa increíble, conforme a las chacaras, que en ellas se diese tal fuerza de bastimentos".

Sobre la topografía de Mojos, documentos coetáneos del citado anteriormente, informan que no es posible entrar en esa provincia entre los meses de diciembre y abril, "por los gran-

(12) CHARLEVOIX, op. cit.

des ríos que se pasan” y también porque “hay grandes cañadas que se llenan de agua y se anega todo”. Se asegura, igualmente, que el mejor camino para entrar a los Mojos es el de Chiquitos, por el que avanzó Nuflo de Chaves en la época de la fundación de Santa Cruz, pues “por parte alguna se puede caminar mejor, por ser la tierra más alta” y por no haber en ella “pantano ni paso malo de consideración”.

Otra relación del mismo origen se refiere a la flora y a la fauna de Mojos, haciendo grandes exageraciones de su variedad y abundancia y enumerando los productos naturales que hacen allí agradable y fácil la existencia. “Con todo esto se pudiera sustentar la vida humana, aunque no hubiera otra cosa”, dice el curioso documento.

Pero tan halagadoras noticias sobre Mojos corresponden al período en que se preparaban las “entradas” para conquistar la tierra de la que todavía se pensaba que era lo mismo que el Dorado o el País de las Amazonas. También se aseguraba entonces la existencia de minas de oro y plata en el mismo territorio. Poco a poco se fué desvaneciendo tal quimera. A medida que se fué avanzando con rumbo al norte y tropezando con dificultades y trabajos, Mojos fué perdiendo interés y fué considerada su conquista con un pesimismo quizá excesivo, pero más conforme con la realidad. Como que su reducción habría sido abandonada por tiempo indefinido, sin la intervención de la Compañía de Jesús, a quien estaba depurada, igualmente, la reconquista de Chiquitos, territorio casi abandonado después de la muerte de Chaves y de la migración de los habitantes de Santa Cruz hacia occidente. Un curioso documento publicado por Jiménez de la Espada en sus *Relaciones Geográficas de Indias*, que es fragmento de un libro inédito del jesuita Miguel Cabello de Balboa, cuya copia se conserva en el Archivo de Indias, contiene juicios tan acertados sobre la tendencia a menospreciar las regiones que carecían de metales ricos, que no podemos resistir al deseo de darlos a conocer, porque condensan, en pleno siglo XVI, el criterio económico y científico moderno. Se refieren esos juicios al terri-

torio de los *Chunchos*, como se designaba a los Mojos por el lado del Perú, y rezan lo siguiente:

"Y no abata el ánimo de nuestros españoles el ver que no doy a estas tierras título de ricas de oro ni de plata, porque quiero que se entienda que la verdadera y más durable riqueza de una tierra y la que más presta y luce son los muchos naturales; y el sepulcro y sepultura dellos son los hoyos que ellos mismos abren en la labor y obra de las minas que labran, cuando por su desventura acierta a haberlas en sus tierras. Otro útil se sigue de que los españoles pueblen en la provincia de los *Moymas* (movimas?) y es que quedando los indios chunchos entre el Pirú y esta población y cogidos en medio a su pesar, se allanarán y vendrán de paz sin aparato de armas ni furor de guerra, que no será pequeña victoria" (13).

Descubierto y explorado que fué el gran río Mamoré, comprobóse que sus aguas cambiaban de cauce año por año y que causaban formidables inundaciones, obligando a trasladar continuamente plantaciones y viviendas. Una carta de 1687, firmada por el P. Antonio de Orellana, cuyo original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Lima (14) dice al respecto que los cambios de curso que experimentaba el río eran "el origen y ocasión de toda miseria, porque en saliendo de sus márgenes, lo inundaba todo". Agrega que "entrábase en las chacras y bañándolas se pudría la yuca", es decir, el alimento y el ingrediente para preparar la chicha. "Entrábales también en pueblos y casas y se veían necesitados de vivir sobre barbacoas que armaban dentro de sus casas, sin reparo para los mosquitos de día y de noche... Faltábales también la leña y sólo podían haberla trepando por los árboles en busca de ramas secas que quebraban algunos a fuerza de brazos, por carecer de herramientas. Con esto, aunque entonces era abundante la pesca y la caza, lograban poco de ella, pudriéndoseles lo más por falta de leña con qué asarlo, que es el modo que tienen de preservarlo de corrupción, por carecer de sal. Estas calamidades no eran sólo para los hombres; extendíanse también a los animales, que no hallaban dónde dormir, anegados montes y campos; y por este lado

(13) *Relaciones Geográficas*, tomo II, apéndice N° III.

(14) Sección Manuscritos, vol. 3, fls. 163 - 170.

se recreía a los indios otro grave daño, que, pasadas las aguas, perecían muchos de los ciervos, venados, jabalíes y otras carnes de que ellos viven, y de aquí se les aumentaba el hambre, de ésta se seguía su inseparable compañera la peste, ayudada de la corrupción del aire con tanta podredumbre”.

No era, pues, un paraíso la tierra del Dorado o del Paítiti, cuyo legendario prestigio había llegado a Europa en alas de las crónicas de Indias y que incluso había inspirado, al mismísimo Voltaire, uno de los fantásticos pasajes de su *Candide*.

Un informe del gobernador de Santa Cruz, D. Manuel Antonio de Argomosa, presentaba en 1737 el siguiente cuadro sobre el clima de Mojos: “...El temple lo más del año es de los más ardientes que se conocen en lo descubierto, y siendo por otra parte humedísimo a causa de la copiosísima multitud de aguas que descienden de las nieves derretidas de las altísimas cordilleras del Perú, las cuales se extienden por espacio de muchos meses por aquellas innumerables llanuras, aumentándose con las continuas aguas del verano, viene a ser el país tan poco sano, que siempre abundan los enfermos, siendo rarísimo el año en que no se experimenta alguna peste, que corre todos los pueblos, y ha habido epidemia tan veras (sic) que en solas dos reducciones quitó la vida a más de mil doscientas personas...” (15).

Para completar el cuadro debemos hablar ahora de los llanos de Grigotá, que pasaron a albergar el núcleo colonizador de tan extensos territorios, con la fundación de la ciudad de San Lorenzo de la Frontera, que andando el tiempo arrebató el nombre y atrajo los habitantes de la Santa Cruz de la Sierra fundada por Nuflo de Chaves en Chiquitos. Si de Mojos, de Chiquitos, de la Chiriguania y del Chaco se ha hablado en crónicas y documentos coloniales en la forma que ha quedado registrada en los párrafos anteriores, mucho más y mejor se ha dicho de la llanura situada al oeste del

(15) Biblioteca Nacional de Lima, Sección Manuscritos, vol. III, págs. 237 - 240.

Guapay, regada por numerosos ríos, entre los cuales el Piraí, el Don Jorge, el Güendá, el Palometas, el Surutú, el Palacios, el de la Perdiz, el Asubí y el Yapacaní, no son sino los de mayor consideración.

Existen variadas referencias de origen colonial que podríamos citar, con relación a las condiciones de vida, configuración, clima y producciones de la llanura cruceña, pero nos atenemos a la *Descripción* del gobernador Viedma que, si bien corresponde al último período de la dominación española, es la más amplia, sugestiva y verídica que podríamos apetecer para ilustrar al lector sobre el asunto. "Los campos — dice — son unas dilatadas campañas de mucha llanura, bien que en algunos parajes hay unas cortas barrancas o bajíos. Las ciénagas y pantanos en tiempo de lluvias, en sitios en donde no tiene salida el agua, son tales, que se hacen completamente intransitables. Están poblados a trechos de varias islas de árboles y bosque, principalmente en las inmediaciones de los ríos; todo lo que ciñe la sierra son lomas muy bajas, con grande y espeso monte de que está circundado lo más del partido. Tienen excelentes maderas de diversas calidades... Muchas de ellas por su grosor y altura, pudieran servir para la construcción de embarcaciones mayores. Algunas dan muy buenas resinas, que sirven para zahumerios en las iglesias y de que también usan mucho las mujeres de todo el Alto Perú. De árboles frutales sólo se crían naranjos y limones dulces y agrios, aquéllos con mucha frecuencia y las naranjas dulces son las más exquisitas del Perú. Frutas de Castilla no se dan, aunque a mí me parece hay parajes donde pudieran plantar algunos árboles de duraznos, manzanas y otras más comunes; pero aquellas gentes son tan desidiosas, que por no cuidar de su beneficio abandonarían cualquier comida regalada: ellos se acomodan y aun tienen en más sus frutas silvestres, las cuales se crían en abundancia". Luego hace una enumeración de dichas frutas y dice que los españoles comen muchas de ellas, terminando por declarar que las piñas (ananás) y los plátanos son excelentes.

Siguiendo la descripción, expresa: "En los montes, campañas y bosques se crían muchos tigres y causan considerable daño en los ganados de toda especie, no obstante de perseguirlos... haciendo buenas matanzas en que se ocupan los hombres de más valor, destreza y espíritu y suelen resultar algunas desgracias; el *borochi*, figura de un potrô en tamaño, cola y crin, la cara como la del perro, hace mucho daño en las yeguas y es muy difícil de coger por su gran velocidad; son raros los que se encuentran; el león de pelo colorado, facciones de tigre...; onzas, leopardos, antas, gatos monteses, zorros, osos de dos layas, infinidad de monos de varios tamaños, jabalíes, periquitos ligeros, corsos, venados, gamos y otras muchas diversidades de cuadrúpedos".

Luego viene una prolija enumeración de volátiles, reptiles, insectos y toda clase de seres vivientes, sin excluir una minuciosa clasificación de las hormigas.

Describe después los campos o las pampas, "con buenas aguadas y excelentes pastos" para la cría de ganados y se refiere a la variedad de cultivos y excelente calidad de los productos. "El temperamento — dice — es cálido y húmedo; no es enfermo como generalmente se piensa, antes me parece más sano que Cochabamba... Los vientos más frecuentes son norte y sur: el primero es cálido y húmedo, causa gran bochorno y sudan mucho los cuerpos; el segundo es menos continuo... en algunas ocasiones viene tan frío, que se siente aun con más exceso que en lo riguroso de las punas... Están muchos en el concepto de ser dañoso a la salud. pero si no se templara la atmósfera y disipara los efluvios de las humedades que atrae el sol, con los efectos de este viento, se harían inhabitables aquellos parajes" (16).

He ahí, pues, trazado a grandes rasgos y con el auxilio de las más antiguas autoridades en la materia, el cuadro más o menos completo del medio físico en que fué creada la extensa provincia de Santa Cruz de la Sierra, que también po-

(16) *Colección de Obras y Documentos inéditos relativos a la Historia del Río de la Plata*, por PEDRO DE ANGELIS, tomo II.

dríamos llamar, con propiedad, el imperio territorial de Nuflo de Chaves. Ese fué el gigantesco escenario en que se desarrolló la empresa colonizadora del rico y feraz oriente boliviano, cuyo agitado proceso pretendemos reconstruir en el curso de los capítulos siguientes.